

EL VIAJE DIBUJADO DE UN ARQUITECTO

Roberto Godoy Arcaya

I

El arquitecto dibujante vive observando e interrogándose sobre el espacio y sus acontecimientos mediante la contemplación que funde en el dibujo y la palabra. La luz y sus formas, junto a la naturaleza que las envuelve y a los habitantes que las ocupan, son el universo inicial en el que prodiga su dedicada vocación de reflexión y conocimiento. Desde allí y por allí, va desvelando y atravesando lo inmediato y superficial hasta llegar a lo sutil y secreto de aquello que es la continuidad del habitar, los vínculos o enlazamientos entre espacios o a través de ellos, bajo o sobre sus lugares, con y sin ocupantes o transeúntes, situaciones todas que no son sólo su materia de estudio, sino también los ámbitos en los que como un ciudadano más, desarrolla su propia vida en el acontecer de la ciudad.

II

El arquitecto inicia un viaje por mar hacia el continente europeo, saliendo desde los muelles de su misma ciudad, Valparaíso. Lleva dentro de su cuerpo y mente los cerros, construcciones, calles y plazas de ese perfil urbano que al salir del puerto se extiende ante él en plenitud, para luego alejarse y desaparecer a medida que la nave surca las aguas hacia el horizonte.

Con él viaja la inquietud de quien siente la necesidad de que su mirar y dibujar penetren cada vez más intensamente en el espacio y sus inagotables cualidades.

Escribe:

*"Y a medida que la mano se aproxima a la visión natural, el dibujo se hace más exacto a la apariencia, y menos exacto al espíritu oculto.
¿Cómo recoger la luz en el espíritu oculto de las formas?
Pena, en la luz, el croquis de líneas sin luz".*

Se propone, aunque lleno de incertidumbre, romper y cruzar el límite determinado por la capacidad de su mirada física e integrar en el croquis la luz de la visión natural y el resplandor de ese espíritu inexplorado de las formas. Bajo este designio trazará sus dibujos.

Las solitarias extensiones marinas, calmas o tormentosas, espejeándose hacia el cielo en movedizas profundidades, son las envolturas indelebles y absolutas de la nave que avanza sobre sus ondas. Algo que al paso de los días y las noches puede cansar al común neófito en navegación, pero no así al arquitecto que persiste en observar y dibujar la vasta amplitud de agua y cielo.

En sus papeles y con prolijidad traza su búsqueda según los embates del oleaje sobre el barco, no sólo para definir las fuerzas y resistencias, visibles e invisibles, que irrumpen desde la densidad acuosa, sino también para manifestar que su viaje se realiza en un

medio físico que mueve, levanta y hunde en vaivenes la mole flotante de la nave, y que estas mismas perturbaciones llegan inexorablemente hasta su propio cuerpo de arquitecto contemplativo.

Los cambiantes estremecimientos marinos no sólo extreman su dilema de la luz escondida, sino que también le otorgan la conciencia de que el discurrir por mar hacia su destino va sellado por la carencia de suelo firme y por la supremacía de una flotación sobre aguas que se oscurecen hacia el fondo cóncavo que las contiene.

Navegación honda y oscilante que a través del repetitivo paisaje marino termina por alterar el normal percibir de sus sentidos y acciones. Así, al dibujar, su mirada deja de ser exclusividad de los ojos, sus líneas no son trazadas sólo por la mano y su cabeza abandona el raciocinio autónomo para extenderse por todo su cuerpo fundido con la fluctuante nave, llegando a concretar, en una inestabilidad exaltada, el verdadero acto de pensar y representar el espacio.

En esta tesitura deliberan, con poder decisorio, tanto las manos como los pies, el corazón y la cabeza, todos los cuales permanecen unidos en las cubiertas de la nave, descartando escindirse de ellas con el fin de lanzarse al fondo del mar o de volar por laberintos de nubes para rastrear la luz ansiada en lo hondo y lo alto de sus extensiones. El arquitecto adivina que no necesita hundirse en torbellinos abisales o siderales porque ya ha comenzado a presentir tal fulgor dentro y fuera de su cuerpo, en variados puntos y posiciones de la travesía marina, sea cual sea su postura, inmóvil o corriendo, nadando o volando. Incluso aunque oscurezca, siempre comparece su designio en los trazos que dibuja bajo la penumbra de cualquier noche, por muy negra que ésta sea.

Escribe:

"...me hice un propósito: no dibujar un dibujo de líneas, de bordes..."

"Pero el dibujo de la luz tiene una doble dificultad.

Por una parte, la luz varía en cada línea; y cada línea va en proporción con otra. Para dibujar la luz hay que trazar miles de líneas..."

La navegación le incita a que en una veloz sumatoria de miradas expansivas, sin bordes y surgidas de todas las partes igualadas de su cuerpo – como gotas de agua uniéndose – realice el encuentro con aquello ilimitado que disuelve el umbral entre la percepción física y el espíritu oculto. Lo hace con sus dibujos, en escalonadas miradas y sucesivas detenciones por los campos visuales de cada una de ellas, indagando simultáneamente en las formas que contempla, desmenuzándolas e introduciéndolas en sus emergentes imágenes. Línea a línea en el papel hace renacer los lugares observados, venturosos o conflictivos, siempre disponibles a exponer y recibir lo que inquiere y entrega en su exploración.

Y cuando cada una de esas hojas de papel, trazadas en tal incertidumbre y agitación, llega a su terminación, al instante queda concretado un tramo del propio suelo firme del arquitecto sobre el océano.

Así es como el mar, junto con ser el vínculo entre el continente americano y el europeo, llega a constituirse con su sola contingencia y al ritmo de la velocidad de la nave, en el modo de dispersar el cuerpo del arquitecto y su consecuente consolidación en el croquis como ruta para acceder a los vislumbres de lo deseado.

El arquitecto rememora y se dice que aunque en su tierra y ciudad siempre ha dibujado buscando esa sumergida presencia, nunca había reparado en las maneras de su aparecerse como ahora le sucede al navegar. Penetrar la quilla en los espesores del agua, cortar su aire bajo el fuego del sol y tener una tierra en el fondo del mar y otra en las costas distantes, le otorga ese entendimiento gracias a la conjunción de los cuatro elementos en estado de máxima pureza geográfica, sin añadidos ajenos a su propia naturaleza.

III

Al desembarcar y emprender sus recorridos por el interior del continente europeo, se le van presentando edificios, pueblos, monumentos o comarcas, en tales pulsaciones flotantes que se ve obligado a ir optando, sin parar, por una u otra visión, por uno u otro camino de la diversidad reinante. Ya no le basta acercar o alejar su mirada en una sola dirección para deslizarla por las similares superficies y horizontes marinos; en esta nueva tierra siente la necesidad de introducirse en los intersticios de las envolturas e incrustaciones arquitectónicas, urbanas, históricas o místicas, unidas y sublimadas por el obrar del hombre que ocupa el suelo firme del territorio.

Por ello no sólo observa y contempla paisajes sometidos al tiempo solar, como hacía en el mar, sino que ahora también asume el tiempo cronológico en un salir y entrar por rutas que lo conducen a enclaves escogidos por él según el esplendor de sus espacios reales o abstractos y según las múltiples, visibles o escondidas, significaciones que emanan, todas las cuales propician el desvelar la trama de su viaje.

Esos lugares, edificados y custodiados por los habitantes a través de los siglos, arrastran al arquitecto a fusionar el misterio de lo ilimitado de la naturaleza humana con la luz de las formas subrepticias, reforzando sin proponérselo, el ya revelador trazo de sus croquis.

Vaivenes sin bordes provocan una nueva inestabilidad de su propio pensar, esta vez sobre el suelo sólido identificado con la abundancia y variedad del trayecto ensimismado; más aún cuando percibe la misma dispersión que experimentó en la nave, y que aquí en la tierra, como allí en el océano, sólo finaliza y se ata cuando la mano con todo su cuerpo, consolida las señales rectas o laberínticas del papel dibujado.

IV

La nave aérea vuela rozada, envuelta y presionada por la densidad de las nubes y los vientos verticales y oblicuos del aire nocturno que cubre el océano entre ambos continentes. El arquitecto regresa a su tierra sin poder ver ese oscuro cielo; su mirada sólo abarca la cerrada cabina del avión, y aunque intenta hacerla salir por la ventanilla, sólo capta difusamente velos y penumbras que desaparecen al filo de un ala. Recurre entonces a sus cuadernos dibujados.

Se concentra en los croquis de templos góticos, que a diferencia de los del viaje oceánico y los de las calles y fachadas, tienen una mayor terminación y consistencia de líneas. Recuerda que al trazarlas buscaba también las razones, sin encontrarlas, de ese empeño que sentía por permanecer en el lugar y tardar en concluir cada dibujo.

Lee sus observaciones:

"Los vitrales no fueron hechos para iluminar, sino para exponer la luz en si misma, haciéndola resplandecer..."

"El vitral absorbe la luz para iluminarse a si mismo y ser contemplado, conteniéndola".

"... la luz está expuesta en la penumbra oscura de la iglesia, como un santo en un altar".

El arquitecto se dice que sí, que ciertamente había surgido ante él una luminosidad esencial e inédita atravesándolo sin romper la semioscuridad donde estaba, y que además, extendiéndose, traspasaba la totalidad del espacio de la catedral; suceso que le había hecho presentir que bajo esa inmanente claridad no podía sino hacerse presente la ansiada luz etérea de sus travesías. Entiende ahora la razón por la que su cuerpo, sin darse cuenta, se había concentrado, cada vez más lentamente, en las delineaciones que hacía sobre el papel: esperar un testimonio mayor de unión entre esa luz, el transcurso del tiempo y el lejano imaginar y proyectar de sus antiguos artífices y constructores.

Inquieto, revisa los croquis de esas edificaciones góticas, y deteniendo su mirada en los exteriores, ve transparentarse sobre sus formas diversas figuras aparentemente intrusas, como una inmensa nave, un cuerpo humano desarticulado, o montañas y paredes hechas de superficies marinas colgadas sobre las calles; igual le sucede al examinar los dibujos de sus interiores y ver cómo de sus oquedades y profundidades surge el fondo del mar, barcas invertidas, una boca abierta cantando, o sus propios dedos sobre un teclado de piano.

Reconoce que tales figuras son resonancias de su vida y que por tanto han salido, involuntariamente de su interior durante la ejecución de los croquis del templo, para volver a ser recibidas por él como imágenes de la parte velada e irreflexiva de la contemplación de sus dibujos en la forma de un solo haz inmaterial que refleja el espíritu de las formas del dentro y del fuera. Con una transparente energía que fluye cada vez con mayor rapidez, fulgor e intensidad, llega finalmente a perturbar, como en el mar y la tierra, el orden de los sentidos, no sólo de su cuerpo, sino de la cabina entera del avión en que vuela. Traspasado por esas turbulencias y disímiles imágenes reconoce que todas ellas son las propias del pensar del arquitecto dibujante que plenamente disponible se sitúa y circula por los espacios ciertos, inciertos o escondidos.

Y mientras sigue volando sobre el océano de sus revelaciones, se duerme con sueños que lo alejan y lo acercan.

Julio 2009